

# EL P. PANELOUX

## EN LA "PESTE"

Jaime Crespo Toral, S. J.

**L**A Peste" es una quemadura en carne viva. Camus ha concentrado sobre un punto cualquiera de la piel del mundo todos los males de una humanidad en sufrimiento. Orán arde, se retuerce bajo ese foco de angustia y va dictando un comentario sordo, humano, sufrido y estoico. Bajo la lente del cronista vemos desfilar el rebaño de "nuestros conciudadanos" con su dolor anónimo. Destacan aquí y allí figuras que pueden caer bajo un análisis más cercano y afectuoso. "La Peste" no es una obra brillante de grandes efectos, es una narración que aprieta poderosa e implacablemente nuestro ánimo. Densa de pensamiento (no lo llamemos filosofía, los críticos no quieren) y densísima de humanidad.

Concentremos ahora la breve luz de nuestro comentario en el P. Paneloux personaje más o menos anecdótico y de segunda fila. Bache indudable en la obra, nos revela sin embargo el pensamiento de Albert Camus sobre el cristianismo ante el problema del mal, que es punzón incardinado en el corazón del hombre y renglón central en la teología católica (1).

Paneloux es un jesuita destacado por su Orden en Orán, en comisión científica, un jesuita sacado un poco de la leyenda negra y la fantasía popular,



cerebral y metafísico, de corazón acartonado. Englobado en el gran problema que comienza a atormentar a la ciudad, sale de él la noche de su muerte con unos ojos que "no expresaban nada" (p. 174).

"El personaje Paneloux, se ha dicho, es el más ficticio de toda la obra, porque no es verdadero" (2). Y mientras los otros caracteres son profundos, profundísimos la mayoría de ellos, al enfrentarse con éste, Camus se muestra inepto. Es que no conoce el espíritu del cristianismo, por eso su crítica de él es falsa. Tira a un espantapájaros... ¡que caiga enhorabuena! Lo grave sería que, al caer el fanteche, los ingenios creyeran que se ha derrumbado la teología católica del dolor.

Analicemos brevemente el pensamiento y la psicología encarnados en Paneloux.

(1) Las citas se referirán a la edición castellana de Taurus, Madrid, 1957.

(2) CHARLES MOELER, *La Literatura del Siglo XX y Cristianismo*. T. 1, pg. 120. Gredos. Madrid, 1955.

“Hermanos míos, habéis caído en la desgracia, hermanos míos, lo habéis merecido” (pág. 73). Es un sermón de indudable grandeza estilística, pero apocalíptico y frío. Se pinta a Dios como un terrorífico amante, una especie de King-Kong espiritual que amara al hombre con un amor apabullante. Vana es la mención de la “alegría” y de la “verdad” (pág. 76), si esa es una verdad helada y terrible: “es un venablo rojo que señala el camino de la salvación y empuja hacia él” (id). En los tiempos cristianos las “pestes”, vale decir los sufrimientos y las guerras, no son una réplica de las plagas que cayeron sobre Egipto, como parece insinuarlo el jesuita (pg. 74), tienen una misión mucho más cariñosa y cálida, sin querer por eso despojarlas de su carácter punitivo muchas veces querido por Dios; pero ante todo son un mutuo acercamiento entre Dios y la criatura y una colaboración magnífica del dolor humano a “*aquello que falta a la Pasión de Cristo*” (Col. 1, 24). Ni tiene una palabra sobre esa otra gran misión del sufrimiento colectivo en el plan cristiano del dolor, la caridad fraterna que apega y solidariza a cada sufriente con el dolor de su hermano. Ninguna alusión tampoco al valor impetratorio y redentor del sufrimiento humano. Sobre ésto volveremos más adelante.

Al terminar el sacerdote su discurso, nos suena a hueco oírle hablar de esa palabra que sí, es la “única palabra cristiana”, “la palabra de amor”, pero que tenía que venirnos como conclusión de otras premisas.

Paneloux es un carácter duro y cae bajo la severa crítica de su propio creador: “no ha visto morir bastante a la gente, por eso habla en nombre de una verdad (verdad muy incompleta, puntualizamos nosotros); pero el último cura rural que haya oído la respiración de un moribundo, pensará como yo. Se dedicará a socorrer las miserias, más que a demostrar sus excelencias” (pg. 97). A demostrar sus excelencias y a socorrerlas, corregimos, pues la verdad

cristiana fecunda y hace más soportable el dolor.

El día en que Paneloux, cosido contra el muro del sanatorio improvisado, vea retorcerse en la parrilla del dolor y quebrantarse en mil pedazos el cuerpecito inocente de un niño, se romperá por un instante su corazón de laboratorio, y brotará la petición dolorosísima: “Dios mío, salva a esta criatura” (pg. 161); ha rozado por un instante las playas del verdadero espíritu del cristianismo. Mas surge aquí en “La Peste” un nuevo problema, al que Camus confronta una nueva solución que él pretende ser la cristiana: el problema del sufrimiento inocente.

El segundo sermón del jesuita es, si cabe, aún más falso que el primero. El Doctor Bernard Rieux, fulminado por el lacerante espectáculo de la tortura de un niño, ha clavado como un latigazo en el rostro del sacerdote esta frase: “Ah, éste por lo menos era inocente, bien lo sabe Vd.” (pg. 162), señalando así, la cumbre de su crisis (si Rieux tuviera en realidad una crisis). Aquí es donde cabría a maravilla la gran doctrina de la Iglesia sobre el sufrimiento y su valor de redención. Si Paneloux hubiera insinuado en esa alma destrozada el ejemplo de Cristo, “el gran inocente”, si hubiera hablado del lagar y del grano de trigo..., hubiera podido abrir los ojos obnubilados del médico hacia la maravillosa fecundidad del sufrimiento, tanto más redentor cuanto más inocente. Pero no, Camus no estaba preparado para tanto, y vuelve a sumergirnos en su mundo infrateológico, y la esperanza se ha perdido hasta cuando Dios quiera...

El sufrimiento del inocente es una injusticia clara para el que no tenga los ojos ungidos y se comprende el grito desesperado de Rieux: “Yo tengo otra idea del amor, y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados” (pg. 163). Pero es que Paneloux le ofrece un amor anticristiano, por lo absurdo. Deja plegado el velo que Cristo ha querido que la revelación y la fe

nos descorrieran, y exige un amor a culatazos. Se obstina en no querer aprovechar "las fáciles ventajas que le permitían escalar el muro" (pg. 176) y prefiere en su segundo sermón, no "rodear" solamente la heregía sino caer paladinamente en ella como si no se hubiera escrito para él la magnífica frase de San Pablo: "*Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros*" (Rom. 8,18) porque "quién podrá afirmar, dice, que la eternidad de la dicha pueda compensar un instante de dolor humano?" (pg. 167) y no comprende que la razón que da para negarlo es precisamente la que cimienta la afirmación más categórica: "no será ciertamente un cristiano, cuyo Maestro ha sentido el dolor en sus miembros y en su alma" (pg. 167). Si el cielo que nos ganó no mereciera la pena habría desaparecido uno de los motivos más importantes de la muerte de Cristo, después de la glorificación del Padre.

Por último —démole un sentido solamente figurado a aquella supresión temporal del purgatorio de que habla Paneloux— hay en su doctrina y en su sicología un nuevo fallo, ese "fatalismo activo" que propugna, y que no acaba de definir de manera suficientemente clara. "Caricatura de la esperanza" llama Moeler (3) a esta doctrina sobre la que gravita también la imagen terrible de Dios que veíamos al principio. Camus no ha aprendido jamás ese respirar a pulmón lleno que es la verdadera esperanza, y por eso ha inven-

tado una entrega atada de pies y manos, mucho más parecida a la sensación de ser juguete de los dioses que sentían los paganos, que a ese trabajo vigoroso sin afincar en él la ilusión, con los ojos amantamente puestos en lo alto, que es la virtud de la esperanza. Subleva los oídos de Bernard Rieux la dura frase del sacerdote cuando se han agotado los esfuerzos para prolongar la vida del hijito de Otton: "Si tiene que morir, así habrá sufrido más largo tiempo" (pg. 160). Le desafiaríamos a Camus a mostrarnos un solo caso en los hospitales del mundo en que las hermanitas de los pobres aplicaran tal doctrina.

Termina el sacerdote de mala manera. Sus convicciones oscuramente fatalistas, le llevan a morir como un helado personaje de novela (perdónese-nos el pleonasma): "Si un sacerdote consulta a un médico, hay contradicción" (pg. 170). Morirá solo, como moriría un loco misántropo, la mitad del cuerpo fuera de la cama y "sus ojos no expresaban nada. Se escribió en su ficha: "Caso dudoso" (pg.174) "Caso falso" escribiríamos en su ficha intelectual y sicológica.

Decididamente, Camus ha fracasado con el P. Paneloux en la misma proporción en que acertó con Rieux y con Tarrou. Una opinión superficial del cristianismo que por confesión propia no ha estudiado nunca. Esperamos que alguna vez, cuando haya incursionado por el pensamiento católico pueda hacer justicia a la maravillosa teología católica del dolor y a la no menos maravillosa historia de la Iglesia frente al sufrimiento individual y a las grandes tragedias colectivas.

(3) Op. cit. T. 1, pg. 120. Nota 20.